

DEL SABADO 2 DE FEBRERO DE 1850.

Encargado, señores, por la comisien de resumir est
largo, importantísimo y tristísimo debate, será, sin em
bargo, relativamente breve, y lo será por varias razo
nes: porque la cuestión viene á mis manos agotada; por
que yo no estoy para hablar ni el Congreso para oírme
y porque descartados los episodios dramáticos, terrible
mente dramáticos, descartadas las alusiones personales
los ataques dirigidos á los ministros, y á que los mi
nistros han contestado, descartados, por último, los mo
vimientos oratorios, apenas quedan que resumir sin
tires ó cuatro argumentos. En esta discusión, señores,
ha habido algunas veces palabras acerbas y duras: yo
no sé ni duro ni acerbo: permita el cielo, señores,
que antes de entrar en ese camino de perdición se pe
ga la lengua á mi paladar y se ahogue la voz en el

Pues bien, esto supuesto, hago yo la pregunta siguiente: ¿Las Cortes tienen o no derecho para discutir otras leyes que no sean presupuestos? ¿Sí o no? Si la respuesta me dice que no tienen derecho para discutir otras leyes, yo diré; entonces os salís de las Instituciones: entonces caéis en una escuela semi-absoluta y semi-democrática nacida en nuestros días, la cual consiste en poner en un solo punto, en conceder a un solo hombre

Voy, señores, al segundo error, que consiste en afirmar que ha llegado ya el día para nosotros de tratar esas cuestiones con toda la importancia que en sí tienen. Señores, esta idea nació en el verano último. Se creyó que la revolución social en las calles de Madrid, resuelta la cuestión dinástica en los campos catalanes, la opinión pública, ciega entonces porque es ciega casi siempre, ciega aquí porque es ciega en todas partes, la opinión pública creyó que estábamos tan seguros de

Y aquí, señores, porque esto tiene una aplicación inmediata a nosotros, llamo vuestra atención. En donde la salvación de la sociedad consiste en la disolución de todos los partidos antiguos y en la formación de uno nuevo compuesto de todos los demás, allí, señores, los partidos se empeñan en no disolverse y no se disuelven. Esto es lo que sucede en Francia. La salvación de Francia, señores, sería la disolución del partido bonapartista, la disolución del partido legitimista, la disolución del partido orleanista y la formación de un solo partido monárquico. Pues bien, allí donde la disolución de los partidos produce la salvación de la sociedad, los bonapartistas piensan en Bonaparte, los orleanistas en el conde de París, los legitimistas en Enrique V; y al revés, en donde la salvación de la sociedad consistiría en q

los partidos conservarán sus antiguas banderas, en que desgarrarán su seno para que todos sus individuos pudieran combatir juntos en grandes y nobles combates, en donde esto era necesario para la salvación de la sociedad como en España, aquí, señores, los partidos se disuelven.

Y señores, para este mal no son remedio esencial las reformas económicas, no es remedio la caída de un gobierno y la suplantación de otro gobierno. El error fundamental en esta materia consiste en creer que los males que Europa padece nacen de los gobiernos. Yo no negaré la influencia del gobierno sobre los gobernados: ¿cómo la he de negar? ¿Quién la ha negado nunca? Pero el mal es mucho más hondo, el mal es mucho más grave. El mal no está en los gobiernos, el mal está en los gobernados, el mal está en que los gobiernos han llegado a ser ingobernables. (Risitas; bien, bien.)

Señores, la verdadera causa del mal hondo y profundo que aqueja a la Europa, está en que ha desaparecido la idea de la autoridad divina y de la autoridad humana. Ese es el mal que aqueja a la sociedad, ese es el mal que aqueja al mundo, y por esto, señores, son los pueblos ingobernables. Esto sirve para explicar un fenómeno que no he oído explicar a nadie y que sin embargo tiene una explicación satisfactoria.

Todos los que han viajado por Francia convienen en decir que no se encuentra un francés que sea republicano. Yo mismo puedo dar testimonio de esta verdad porque he atravesado la Francia. Pero se pregunta: ¿pues si no hay en Francia republicanos, cómo es que la república subsiste? Y nadie da razón: yo la daré. La república subsiste en Francia, y digo mas, la república subsistirá en Francia, porque la república es la forma necesaria de gobierno en los pueblos que son ingobernables.

En los pueblos que son ingobernables el gobierno toma necesariamente las formas republicanas. He ahí por qué la república subsiste y subsistirá en Francia. Importa poco que esté, como lo está, combatida por las voluntades de los hombres, si está sostenida, como lo está, por la fuerza misma de las cosas. Esta es la explicación de la duración de la república francesa.

Al oírme hablar a un tiempo mismo de la autoridad divina y de la autoridad humana, se me dirá acaso, ¿qué tienen que ver las cuestiones políticas con las cuestiones religiosas?

Señores, yo no sé si hay aquí algún señor diputado que no crea hay relación entre las cosas religiosas y las políticas; pero si hay alguno voy a demostrar su relación necesaria de una manera tal, que la vea con sus propios ojos y que la toque con sus propias manos. (Movimiento de atención.)

Señores, la civilización tiene dos fases: una que yo llamaré afirmativa porque en ella la civilización descansa en afirmaciones; que yo llamaré también de progreso, porque esas afirmaciones en que descansa son verdades; y finalmente, que yo llamaré católica porque el catolicismo es el que abarca en toda su plenitud todas esas verdades y todas esas afirmaciones. Al contrario, hay otra faz de la civilización que yo llamaré negativa, porque reposa exclusivamente en negaciones; que yo llamaré decadencia, porque esas negaciones son errores, y que yo llamaré revolucionaria porque esos errores se convierten al fin en revoluciones que transforman los Estados.

Pues bien, señores: ¿cuáles son las tres afirmaciones de esta civilización, que yo llamo afirmativas, de progreso y católicas? Las tres afirmaciones son las siguientes: en el orden religioso se afirma que existe un Dios personal. (Rumores y risas en la tribuna y en la izquierda.—La mayoría indignada reclama el orden.)

El señor PRESIDENTE: Orden, señores. El señor marqués de VALDEGAMAS: Hay tres afirmaciones entre otras. Primera afirmación: existe un Dios, y ese Dios está en todas partes. Segunda afirmación: ese Dios personal que está en todas partes, reina en el cielo y en la tierra. Tercera afirmación: este Dios que reina en el cielo y en la tierra gobierna absolutamente las cosas divinas y humanas.

Pues bien, señores, en donde hay estas tres afirmaciones en el orden religioso, hay también estas otras tres afirmaciones en el orden político.

Hay un rey que está en todas partes por medio de sus agentes: ese rey que está en todas partes reina sobre sus súbditos, y ese rey que reina sobre sus súbditos gobierna a sus súbditos. De modo que la afirmación política no es mas que la consecuencia de la afirmación religiosa.

Las instituciones políticas en que se simbolizan estas tres afirmaciones son dos: las monarquías absolutas y las monarquías constitucionales como las entienden los moderados de todos los países. Y digo los moderados de todos los países, porque ningún partido moderado ha negado nunca al rey, ni la existencia, ni el reinado, ni la gobernación. Por consiguiente la monarquía constitucional entra con los mismos títulos que la monarquía absoluta a simbolizar esas tres afirmaciones políticas, que son el eco, digámoslo así, de las tres afirmaciones religiosas.

Señores, en estas tres afirmaciones concluye el período de la civilización, que yo he llamado afirmativo, que yo he llamado de progreso, que yo he llamado católico.

Ahora entramos, señores, en el segundo período, que yo he llamado negativo, que yo he llamado revolucionario. En ese segundo período hay tres negaciones correspondientes a las tres afirmaciones primeras. Primera negación, ó como yo la llamaré, negación de primer grado en el orden religioso: Dios existe, Dios reina, pero Dios está tan alto que no puede gobernar las cosas humanas. Esta es la primera negación, la negación de primer grado en este período negativo de la civilización: y a esta negación de la providencia de Dios, ¿qué corresponde en el orden político? En el orden político sale el partido progresista respondiendo al deista de la providencia que niega la Providencia, y dice: el rey existe, el rey reina, pero no gobierna.

Así, señores, la monarquía constitucional progresista pertenece a la civilización negativa en primer grado.

Segunda negación: el deista niega la providencia; los partidarios de la monarquía constitucional según los progresistas la entienden, niegan la gobernación; pues ahora viene en el orden religioso el panteísta y dice: Dios existe, pero Dios no tiene existencia personal, Dios no es persona, y como no es persona, ni gobierna, ni reina: Dios es todo lo que vemos; ni es todo lo que vi-

ve, es todo lo que se mueve: Dios es la humanidad. Esto dice el panteísta, de manera que el panteísta niega la existencia personal, aunque no la existencia absoluta, niega el reinado y la providencia.

En seguida, señores, viene el republicano y dice: el poder existe, pero el poder no es persona, ni reina ni gobierna; el poder es todo lo que vive, todo lo que existe, todo lo que se mueve; luego es la muchedumbre, luego no hay mas medio de gobierno que el sufragio universal ni mas gobierno que la república.

Así, señores, al panteísmo en el orden religioso corresponde el republicanismo en el orden político. Después viene otra negación que es la última: en punto a negaciones no hay mas allá. Detrás del deista, detrás del panteísta viene el ateo y dice: Dios ni reina ni gobierna, ni es persona ni es muchedumbre; no existe; y sale Proudhon, señores, y dice: no hay gobierno. (Risitas y aplausos.)

Así, señores, una negación llama a otra negación como un abismo llama a otro abismo. Mas allá de esa negación, que es el abismo, no hay nada, no hay nada sino tinieblas, y tinieblas palpables.

Ahora bien, señores; ¿sabéis cuál es el estado de Europa? Toda la Europa va entrando en la segunda negación y camina hacia la tercera, que es la última, no lo olvideis. Si se quiere que concrete algo mas esta cuestión de los peligros que corren las sociedades, la concretaré, aunque con cierta prudencia. Todos saben cuál es mi posición oficial; yo no puedo hablar de la Europa sin hablar de Alemania; no puedo hablar de Alemania sin hablar de la Prusia que la representa; no puedo hablar de la Prusia sin hablar de su rey, ¿quién, señores, sea dicho de paso, puede llamarse por sus cualidades eminentes el augusto alemán. El Congreso me perdonará que al entrar en esta cuestión por lo que toca a Europa guarde cierta reserva y por lo que toca a Prusia guarde una reserva casi absoluta; pero diré sin embargo lo bastante para manifestar cuáles son mis ideas concretas sobre los peligros concretos también que amenazan a la Europa.

Señores, aquí se ha hablado del peligro que corre la Europa por parte de la Rusia, y yo creo que por ahora y por mucho tiempo puedo tranquilizar al Congreso, asegurándole que por parte de la Rusia no puede temer el menor peligro.

Señores, la influencia que la Rusia ejerce en Europa la ejerce por medio de la Confederación Germánica. La Confederación alemana se hizo en contra de París, que era la ciudad revolucionaria, la ciudad maldita, y en favor de Petersburgo, que era entonces la ciudad santa, la ciudad del gobierno, la ciudad de las transiciones restauradoras. ¿Qué resultó de aquí? Que la Confederación no fué un imperio como pudo serlo entonces, y no fué un imperio porque a la Rusia no le podía acomodar nunca tener en frente de sí un imperio alemán y tener reunidas a todas las razas alemanas; así que, la Confederación se compuso de principados microscópicos y de dos grandes monarquías. ¿Qué era lo que le convenía en el caso de una guerra con la Francia? Lo que le convenía a la Rusia era que estas monarquías fuesen absolutas, y estas dos monarquías fueron absolutas; y véase, señores, como sucedió que la influencia de la Rusia desde la Confederación alemana hasta la revolución de febrero se ha extendido desde Petersburgo hasta París. Pero, señores, desde la revolución de febrero todas las cosas han mudado de semblante; el huracán revolucionario ha echado abajo los tronos, ha empolvado las coronas, ha humillado los reyes: la Confederación Germánica no existe: la Alemania hoy día no es mas que un caos. Es decir, señores, que la influencia de la Rusia que se extendía como dije desde Petersburgo a París, ha sucedido ahora la influencia demagógica de París que se extiende hasta la Polonia.

Pues ve aquí la diferencia: la Rusia contaba con dos aliados poderosos, la Austria y la Prusia; hoy es sabido que no puede contar mas que con la Austria; pero el Austria tiene que luchar y reluchar todos los días contra el espíritu demagógico que existe allí como en todas partes, contra el espíritu de raza que existe allí mas que en otra alguna, y finalmente, tiene que reservar todas sus fuerzas para una lucha posible con la Prusia. Resulta, pues, señores, que neutralizada el Austria, no contando la Rusia con la Confederación Germánica no puede contar en el día mas que con sus propias fuerzas. ¿Y sabe el Congreso cuántas son las fuerzas de que ha dispuesto la Rusia para las guerras ofensivas? Nunca ha llegado a 300.000 hombres. ¿Y sabe el Congreso con cuántos tienen que luchar esos 300.000 hombres? Tienen que luchar con todas las razas alemanas representadas por la Prusia; tienen que luchar con todas las razas latinas representadas por la Francia; tienen que luchar con la nobilísima y poderosísima raza anglo-sajona representada por la Inglaterra. Esa lucha, señores, sería insensata, sería absurda por parte de la Rusia; en el caso de una guerra general el resultado cierto, infalible sería que la Rusia dejase de ser una potencia europea para no ser mas que una potencia asiática, y véase aquí por qué la Rusia rehuye la guerra, y véase aquí por qué la Inglaterra quiere la guerra; y la guerra, señores, hubiera estallado si no hubiera sido por la debilidad crónica de la Francia que no quiso seguir en esto a la Inglaterra, si no hubiese sido por la prudencia austriaca y si no hubiese sido por la sagacísima prudencia de la diplomacia rusa; por esto, señores, porque la Rusia no ha querido, porque no ha podido querer la guerra, es por lo que la guerra no ha estallado con motivo de la cuestión de los refugiados en Turquía.

No se crea por esto, sin embargo, que yo soy de opinión que nada tiene que temer la Europa de la Rusia; creo todo lo contrario, pero creo que para que la Rusia acepte una guerra general, que para que la Rusia se apodere de la Europa, son necesarios antes estos tres acontecimientos que voy a decir, todos los cuales, adviértase esto, señores, son no solo posibles, sino también probables.

Se necesita: primero, que la revolución después de haber disuelto la sociedad disuelva a los ejércitos permanentes; segundo, que el socialismo, despojando a los propietarios estinga el patriotismo, porque un propietario despojado no es patriota, no puede serlo. Cuando la cuestión viene planteada de esa manera suprema y congojosa, no hay patriotismo en el hombre: tercero, el acabamiento de la empresa de la confederación poderosa de todos los pueblos esclavos bajo la influencia y el protectorado de la Rusia. Las naciones esclavas cuentan, señores, 80 millones de habitantes. Ahora bien, cuando en la Europa no haya ejércitos permanentes habiendo sido disueltos por la revolución; cuando en la Europa

no haya patriotismo habiéndose extinguido por las revoluciones socialistas; cuando en el Oriente de Europa se haya verificado la gran confederación de los pueblos esclavos; cuando en el Occidente no haya mas que dos grandes ejércitos, el ejército de los despojados y el ejército de los despojadores; entonces, señores, sonará en el reloj de los tiempos la hora de la Rusia; entonces la Rusia podrá pasearse tranquila arma al brazo por nuestra patria; entonces, señores, presenciaremos el mundo el mas grande castigo de que haya memoria en la historia; ese castigo, tremendo será señores, el castigo de la Inglaterra. De nada le servirán sus naves contra el imperio colosal que con un brazo cogerá la Europa y con el otro cogerá la India: de nada le servirán sus naves: ese imperio colosal caerá postrado, hecho pedazos y su lúgubre estertor y su penetrante quejido resonará en los polos.

No creáis, señores: no creáis, señores, que las catástrofes acaban ahí; las razas esclavas no son a los pueblos de Occidente lo que eran las razas alemanas al pueblo romano, no; las razas esclavas están hace mucho tiempo en contacto con la civilización, son razas semi-civilizadas; la administración rusa es tan corrompida como la administración mas civilizada de Europa, y la aristocracia rusa tan civilizada como la aristocracia mas corrompida de todas. Ahora bien, señores: puesta la Rusia en medio de la Europa conquistada y prosternada a sus pies, ella misma observará por todas sus venas la civilización que ha bebido y que la mata. La Rusia no tardará en caer en putrefacción: entonces, señores, no sé yo cuál será el cauterio universal que tenga Dios preparado para aquella universal podredumbre. Contra esto, señores, no hay mas que un remedio, no hay mas que uno: el nudo del porvenir está en la Inglaterra: en primer lugar, señores, la raza anglo-sajona es la mas generosa, la mas noble y la mas esforzada del mundo; en segundo lugar la raza anglo-sajona es la que menos espuesta está al ímpetu de las revoluciones: yo creo mas fácil una revolución en San Petersburgo que en Londres. ¿Qué le falta a la Inglaterra para impedir la conquista inevitable de toda la Europa por la Rusia? ¿Qué le falta?

Lo que le falta es evitar lo que la perdería; la disolución de los ejércitos permanentes por medio de la revolución, es evitar en Europa el despojo por medio del socialismo, es decir, señores, lo que la falta es tener una política exterior, monárquica y conservadora; pero aun esto no sería mas que un paliativo, la Inglaterra siendo monárquica, siendo conservadora, puede impedir la disolución de la sociedad europea hasta cierto punto y por cierto tiempo porque la Inglaterra no es bastante poderosa, no es bastante fuerte para anular, y era necesario anular la fuerza disolvente de las doctrinas propagadas por el mundo; para que al paliativo se añadiera el remedio era necesario, señores, que la Inglaterra ademas de conservadora y monárquica fuera católica; y lo digo, señores, porque el remedio radical contra la revolución y el socialismo no es mas que el catolicismo, porque el catolicismo es la única doctrina que es su contradicción absoluta. ¿Qué es, señores, el catolicismo? Es sabiduría y humildad. ¿Qué es socialismo, señores? Es orgullo y barbarie: el socialismo, señores, como el rey babilónico es rey y bestia al mismo tiempo. (Risitas y grandes aplausos.)

Señores, el Congreso habrá estrañado que al hablar yo de los peligros que amenazan a la sociedad y al mundo no haya hablado de la nación francesa. Señores, hay una causa para esto; la Francia era poco hace una gran nación; hoy día, señores, no es ni una nación siquiera, es el club central de la Europa. (Bien, bien.)

Así, señores, queda demostrado: primero, que las cuestiones económicas no son, ni deben ser, ni pueden ser las mas importantes de todas; segundo, que no ha llegado aquel estado de tranquilidad y de seguridad en que podamos dedicarnos a ellas exclusivamente. Voy, señores, ahora a combatir el tercero y último error que consiste en afirmar que las economías son no solamente posibles, sino fáciles.

Señores, el Congreso me permitirá que ahora como antes diga la verdad, nada mas que la verdad, pero toda la verdad con la franqueza y buena fe que me caracteriza. No habrá ningún señor diputado que ponga en duda este axioma, que los gobiernos, aun aquellos que mayores ventajas ofrecen, ofrecen a vuelta de esas ventajas algunos inconvenientes; y al revés, que aun los gobiernos que presentan mayores inconvenientes, a vuelta de esos mismos inconvenientes ofrecen también algunas ventajas; y por último que no hay gobiernos inmorales.

En este sitio yo puedo hablar con toda libertad de las ventajas y de los inconvenientes y hasta de la muerte de los gobiernos, porque todos tienen sus inconvenientes, sus ventajas y todos mueren.

Pues bien, señores, yo digo que a vuelta de los gravísimos inconvenientes que tienen los gobiernos absolutos, tienen una gran ventaja, y es que son gobiernos relativamente baratos; y yo digo que a vuelta de las grandes ventajas que tienen los gobiernos constitucionales tienen un gravísimo inconveniente, y es que son carísimos. No conozco ninguno mas caro sino el republicano. Y arguyendo por analogía es fácil prever la suerte de cada uno de estos gobiernos. Yo digo, señores, que lo mas probable es que todos los gobiernos absolutos en donde existan, perecerán por la discusión, que todos los gobiernos constitucionales en donde existan, perecerán por la bancarrota. Esta es mi convicción íntima, señores; yo hago a los señores diputados depositarios de mis convicciones. Hay un solo medio, señores, de hacer reformas y grandes reformas económicas: ese solo medio es el licenciamiento ó el casi licenciamiento de los ejércitos permanentes.

Esto, señores, podría librar a los gobiernos por algun tiempo de la bancarrota, pero ese licenciamiento sería la bancarrota de la sociedad entera; porque, señores, y aquí llamo vuestra atención, los ejércitos permanentes son hoy los únicos que impiden que la civilización vaya a perderse en la barbarie; hoy día, señores, presenciaremos un espectáculo nuevo en la historia, nuevo en el mundo: ¿cuándo, señores, cuándo ha visto el mundo sino hoy, que se vaya a la civilización por las armas y a la barbarie por las ideas? Pues esto es lo que está viendo el mundo en la hora en que estoy hablando. (Aplausos.)

Este fenómeno, señores, es tan grave, es tan peregrino, que exige alguna explicación por mi parte. Toda civilización verdadera viene del cristianismo. Es esto tan

cierto, que la civilización toda se ha reconcentrado en la zona cristiana: fuera de esta zona no hay civilización, todo es barbarie; y es esto tan cierto que antes del cristianismo no ha habido pueblos civilizados en el mundo, ni uno siquiera.

Ninguno, señores: digo que no ha habido pueblos civilizados porque el pueblo romano y el pueblo griego no fueron pueblos civilizados, fueron pueblos cultos, que es cosa muy diferente. La cultura es el barniz y nada mas que el barniz de las civilizaciones. El cristianismo civiliza al mundo haciendo estas tres cosas: ha civilizado al mundo haciendo de la autoridad una cosa inviolable: haciendo de la obediencia una cosa santa, haciendo de la abnegación y del sacrificio, ó por mejor decir, de la caridad, una cosa divina. De esa manera el cristianismo ha civilizado a las naciones. Ahora bien, y aquí está la solución de ese gran problema: ahora bien, las ideas de la inviolabilidad, de la autoridad, de la santidad de la obediencia y de la divinidad del sacrificio, esas ideas no están hoy en la sociedad civil, están en los templos donde se adora al Dios justiciero y misericordioso, y en los campamentos donde se adora al Dios fuerte, al Dios de las batallas, bajo los símbolos de la gloria. Por eso, porque la Iglesia y la milicia son las únicas que conservan íntegras las nociones de la inviolabilidad de la autoridad, de la santidad de la obediencia y de la divinidad, de la caridad, por eso son hoy los dos representantes de la civilización europea.

No sé, señores, si habrá llamado vuestra atención, como he llamado a la mia, la semejanza, casi la identidad entre las dos personas que parecen mas distintas y mas contrarias, la semejanza entre el sacerdote y el soldado: ni el uno ni el otro viven para sí; ni el uno ni el otro vive para su familia; para el uno y para el otro en el sacrificio, en la abnegación está la gloria. El encargo del soldado es velar por la independencia de la sociedad civil. El encargo del sacerdote es velar por la independencia de la sociedad religiosa. El deber del sacerdote es morir, dar la vida como el buen pastor por sus ovejas. El deber del soldado como buen hermano es dar la vida por sus hermanos. Si considerais la aspereza de la vida sacerdotal, el sacerdocio os parecerá, y lo es en efecto, una verdadera milicia. Si considerais la santidad del ministerio militar, la milicia casi os parecerá un verdadero sacerdocio. ¿Qué sería del mundo, ¿qué sería de la civilización, ¿qué sería de la Europa si no hubiera sacerdotes ni soldados? (Aplausos prolongados.) Y en vista de esto, señores, si hay alguno que después de espuesto lo que acabo de exponer crea que los ejércitos deben licenciarse, que se levante y lo diga. Si no hay ninguno, señores, yo me río de todas vuestras economías, porque todas vuestras economías son utopías. ¿Sabéis lo que pretendéis hacer cuando queréis salvar la sociedad con vuestras economías sin licenciar el ejército? Pues lo que pretendéis hacer es apagar el incendio de la nación con un vaso de agua. Eso es lo que pretendéis.

Queda, pues, demostrado, como me propuse demostrar, que las cuestiones económicas no son las mas importantes, que no ha llegado la ocasión de tratarlas aquí exclusivamente, y que las reformas económicas no son fáciles y hasta cierto punto no son posibles.

Y ahora, señores, habiendo algunos oradores dicho al Congreso que votando por esa autorización se votaba contra el gobierno representativo, yo me dirigiré a esos señores diputados y les diré: ¿queréis votar por el gobierno representativo? Pues votad por la autorización que se os pide por el gobierno; votadla, porque si los gobiernos representativos viven de discusiones sobrias mueren por discusiones interminables. Un gran ejemplo os ofrece, señores, la Alemania, si es que la experiencia, si es que los ejemplos han de servir de algo. Tres asambleas constituyentes ha tenido la Alemania a un tiempo mismo: una en Viena, otra en Berlín, otra en Frankfurt: la primera murió por un decreto imperial; un decreto real mató a la segunda; y en cuanto a la Asamblea de Frankfurt, esta Asamblea compuesta de los sabios mas eminentes, de los mas grandes patriotas, de los filósofos mas profundos, ¿qué se hizo de ella? ¿Qué fué de aquella Asamblea? Jamás el mundo vió un Senado tan augusto y un fin mas lamentable: una aclamación universal le dió vida, un silbido universal le dió muerte.

La Alemania, señores, la alojó como una divinidad en un templo, y esa misma Alemania la dejó morir como una prostituta en una taberna. (Muy bien.)

Esa, señores, es la historia de las Asambleas alemanas. ¿Y sabéis porque murieron así? Yo os lo diré. Murieron así porque ni dejaron hacer ni hicieron; murieron así porque ni dejaron gobernar ni gobernaron; murieron así porque después de mas de un año de discusión nada salió, ó salió humo solo de sus interminables discusiones.

Señores, ellas aspiraron a la dignidad de reinas: Dios las hizo estériles y las quitó hasta la dignidad de madres. ¡Diputados de la nación, mirad por la vida de las asambleas españolas! Y vosotros, señores de la oposición conservadora, yo os lo pido, mirad también por vuestro porvenir: mirad, señores, por el porvenir de vuestro partido. Juntos hemos combatido siempre, combatamos juntos todavía. Vuestro divorcio es sacrilegio; la patria os pedirá cuenta de él en el día de sus grandes infortunios. Ese día quizá no está lejos; el que no lo vea posible, padece una ceguera incurable. Si sois belicistas, si queréis combatir aquí, guardad para ese día vuestras armas. No precipitéis, no precipitéis los conflictos. Señores, ¿no le basta a cada hora su pena, a cada día su congoja y a cada mes su trabajo? Cuando llegue ese día de la tribulación la congoja será tanta, que llamaremos hermanos aun a aquellos que son nuestros adversarios políticos; entonces os arrepentiréis, aunque tarde tal vez, de haber llamado enemigos a los que son vuestros hermanos.

(El orador se sienta en medio de prolongados y repetidos aplausos y de numerosas felicitaciones.)

Editor responsable,

DON NICOLAS GARCIA SIERRA.

IMPRENTA DE LA ESPERANZA,

A CARGO DE M. RAMOS.